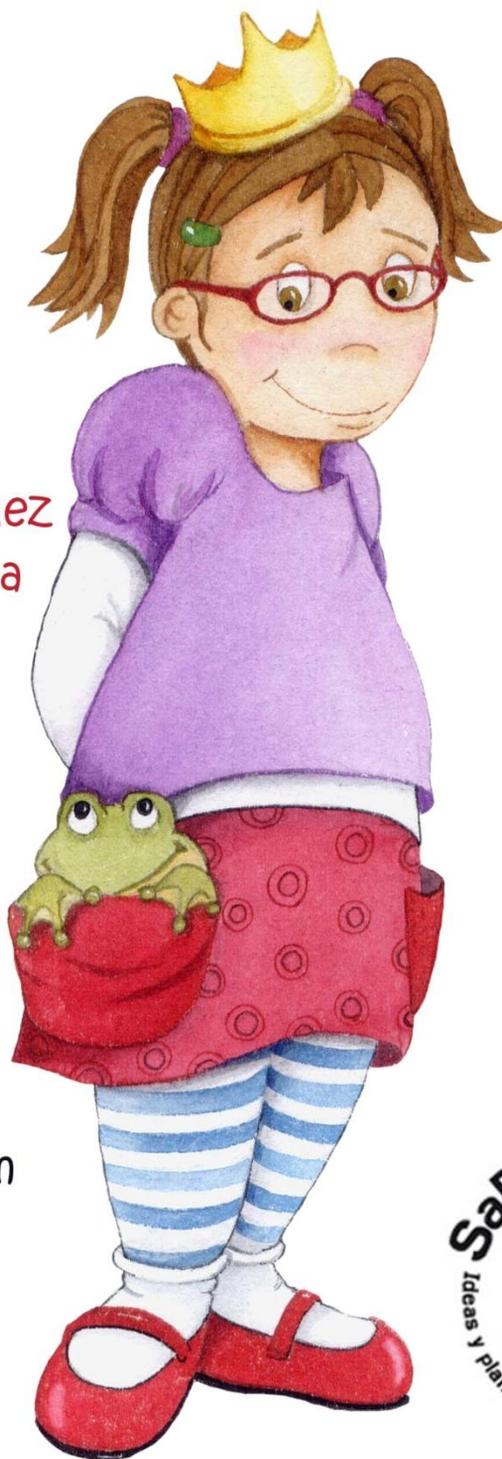


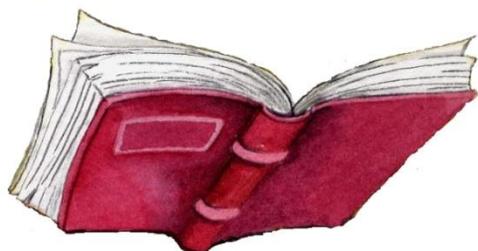
Un amigo de bolsillo

Texto: Elena Domínguez

Ilustración: Isabel Osma



www.milesdetextos.com



Nidia era una niña a la que le encantaban los cuentos de hadas y pintar con brillantina.

Tenía una melena preciosa que peinaba con coletas y unas gafitas rojas que siempre combinaba con el color de sus zapatos... aunque vistiera de rosa.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que era una auténtica princesa.

Pero Nidia no se sentía igual que las demás niñas. Tenía un secreto que nadie conocía. No se atrevía a decirle, ni siquiera a su mamá, que en el bolsillo derecho de su babi... vivía su mejor amigo.

Su amistad empezó una tarde de otoño en que había salido con sus papás a dar un paseo por el campo y descubrieron una charca.

Estuvo jugando un rato a tirar piedritas para verlas saltar como ranas. Y cuando su madre sacó la cesta de la merienda y le dio su bocadillo... se quedó ensimismada mirando su reflejo en el agua.

Fue entonces cuando descubrió al pequeño sapito. Lanzaba la lengua hacia unas margaritas.



Pero cuando Nidia se acercó para verle mejor, el animalito se escondió entre unos juncos y no volvió a salir.

Nidia dejó un trocito de salchichón sobre una ramita y esperó en vano.

Desde ese día, siempre que iban a pasear, Nidia buscaba la charca; que en invierno se llenó de agua como un pequeño lago... y en primavera recogió agua de cien riachuelos diminutos para volverse aún más grande.

Y terminó haciéndose muy amiga de aquel sapo que dejó de asustarse al verla aparecer.

Era un sapo patoso.
No porque tuviera las patas muy largas... sino porque no era capaz de cazar ni siquiera una pequeña mariquita.



Pero a Nidia le encantaba verle brillar como un semáforo sobre las piedras y, como era muy mal cazador, siempre que podía, le llevaba pequeños trocitos de jamón para que se hiciera más grande.

Y su amigo creció y creció... y la esperaba sobre las piedras de la primavera al verano.

El día que Nidia comprendió que el sol de agosto estaba secando la charca y que su sapito no podría vivir sin agua... no lo dudó: se lo echó al bolsillo de su falda y se lo llevó con ella.

Desde ese momento... siempre iban juntos.

Metido en el bolsillo de su babi... "Sapito" iba al cole, montaba en bici... o escuchaba los cuentos que Nidia le leía.

La niña no se atrevía a contarle a nadie quién era ese amigo invisible con el que siempre iba hablando y "Sapito", muy escondidito en su bolsillo... no se dejaba ver.

Pero un día... unas avispas se colaron por la ventana de su clase. No sabían salir.

Estaban asustadas y amenazaban con sus agujones a los niños.

En un abrir y cerrar de ojos, "Sapito" saltó del bolsillo de Nidia...



¡y atrapó de un lengüetazo...
a las temibles avispas!

Aunque los niños y la profesora les estaban agradecidos... habían descubierto su secreto y Nidia estaba avergonzada.

Ahora todos sabían que hablaba con un sapo.

Sus compañeros empezaron a reírse.

Pero la profesora les hizo callar con un gesto de la mano. Abrió el ordenador y buscó una página web: "Sapos y princesas", para enseñársela.

- Las auténticas princesas pueden hablar con los animales - les dijo seria.

Y Nidia dejó de sentir vergüenza...

Y "Sapito" empezó a vivir en aquella clase.



Todos los niños querían cuidar de aquel animalito que, aunque tenía un aspecto viscoso... era tan valiente y tan simpático.

La profesora instaló un acuario y permitía que los niños sacasen a "Sapito" al patio cada mañana para que le diera un ratito el sol.

Y los fines de semana... Nidia se llevaba a "Sapito" a su casa. Montaban en bici, saltaban los charcos... o leía para él. Con sus papás recorrieron lagos y ríos. Hicieron cientos de planes juntos.

Sapito se había convertido en un miembro más de su familia.

Ahora Nidia sabía que era una princesa y nunca más le importó reconocer que su mejor amigo...



era un sapo.